

SPINOZA

y el otro: Dos poemas de

BORGES

Por Marcelo N. Abadi

Hacia tiempo que Borges había compuesto un poema sobre Spinoza —el soneto que aparece en *El otro, el mismo*, de 1964—, cuando le pidieron una colaboración para el volumen que el Museo Judío de Buenos Aires, dirigido por Salvador Kibrick, preparaba para conmemorar el tricentenario de la muerte del filósofo, ocurrida en 1677.¹ Y Borges escribe entonces un nuevo soneto. Había titulado “Spinoza” el primero; el segundo se llamó “Baruch Spinoza”.

En el prólogo de *El otro, el mismo* redactado para la edición de las *Obras completas*, Borges se divertía en admitir su “costumbre de escribir la misma página dos veces, con variaciones mínimas”, declarando además la inferioridad de las segundas versiones con respecto a las primeras. No pedía ser creído, supongo, y por ello cuando leemos que años después, contestando a la pregunta sobre cuáles prefiere entre todos sus poemas, nombra, además de “Everness”, uno sobre Spinoza,² no pensamos que éste deba, necesariamente, ser el primero de los sonetos spinozianos.

Sin embargo, es muy probable, y quizás



Foto: Paulina Lavista

1. Museo Judío de Buenos Aires, *Homenaje a Baruch Spinoza*, Buenos Aires, 1976.

2. *La Prensa*, Buenos Aires, 8 de abril de 1984.

un tanto injusto, que así sea. Pienso que Borges valoraba que, extrañamente, el primer soneto reflejara el intento de Spinoza con mayor fidelidad que el segundo, más libre, más ficcionalizado. Extrañamente, digo, porque el segundo fue compuesto luego de una época en que Borges estudió en profundidad a Spinoza, consultó a intérpretes e historiadores (Alain y Russell, sobre todo) y se propuso escribir un libro que se titularía *Clave de Spinoza*, o bien *Clave de Baruch Spinoza*. Da como realizado este propósito en la nota de la fingida *Enciclopedia Sudamericana* de 2074 que “cita” en el epílogo de las *Obras completas*;³ también lo formula en una entrevista publicada en México: “Estoy preparando, le dice a Rufinelli, un libro sobre la filosofía de Spinoza, porque nunca lo he entendido. Me ha atraído siempre, menos que Berkeley, menos que Schopenhauer, pero a Spinoza no puedo entenderlo”.⁴

¿Era exacto que no había podido entenderlo? ¿Lo entendió mejor después de retomar su estudio? Y aquel libro nunca

3. “En lo que se refiere a la metafísica —dice sintetizando las preferencias manifestadas por su obra—, bástenos recordar cierta *Clave de Baruch Spinoza*, 1975”. (O. C., Buenos Aires, 1981, p. 1143).

4. *Plural*, México, agosto 1974, no. 35.

escrito, aquella clave de Spinoza, ¿se resignó a caber en los catorce endecasílabos del segundo soneto?

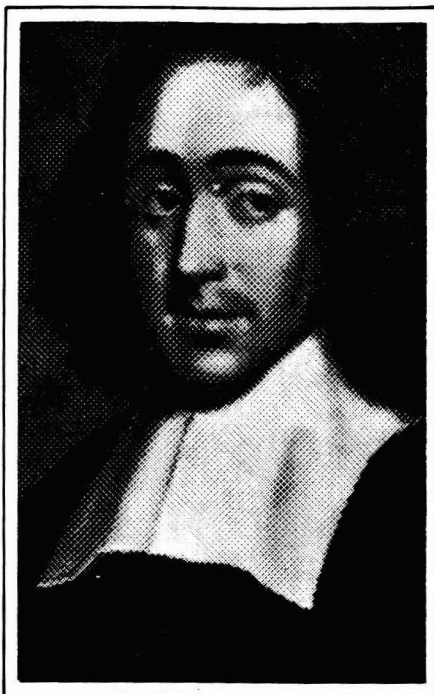
Para acercarnos a las respuestas a estas preguntas, asomémonos a los dos sonetos recordando algunos grandes temas de la filosofía de Spinoza, algunos momentos de su vida. Y, al considerar los versos de Borges, no hagamos demasiado caso de esas afirmaciones tuyas según las cuales sólo aprecia y utiliza la metafísica con fines estéticos o literarios: son quizás atendibles enunciados de su modestia o escepticismo, pero no logran ocultar el hecho de que, para él, hay una íntima solidaridad entre el bien, la belleza y la verdad.

Spinoza nace en 1632, en Amsterdam. Es hijo de criptojudíos portugueses de origen español exiliados en Holanda (como, entre otros, los da Costa, los de Prado, o los Azevedo), tierra de tolerancia que les permitía profesar libremente su religión. El idioma materno de Spinoza es el español; en él lee a Quevedo y Góngora; en él contesta las acusaciones que determinan en 1655 su expulsión de la Sinagoga y que lo obligan a alejarse de Amsterdam, en esa suerte de destierro en el destierro que soportará sin renegar de sus convicciones ni abrazar ninguna nueva religión. Para preservar su orgullosa independencia, Spinoza rechaza, hasta el final de una vida relativamente breve, cátedras y pensiones. Prefiere, como se sabe, ganarse el sustento puliendo lentes. Y así lo evocan los primeros versos del soneto "Spinoza":

Las traslúcidas manos del judío
Labran en la penumbra los cristales

Estos cristales simbolizan los días y las obras de Spinoza; se podría decir que ilustran también, y lo harán más definitivamente en los últimos versos del soneto, una característica central de la filosofía moderna: ésta nunca dejó de concebir a la mente humana como un espejo de cuya fidelidad depende la del conocimiento que de lo real se puede alcanzar.⁵

Pero tanto el racionalismo como el empirismo modernos debieron luchar contra los prejuicios de las religiones reveladas para asegurar la construcción de la ciencia. Y esa lucha no fue incruenta: significó a menudo el aislamiento y el silencio, la persecución y la hoguera. No extraña entonces que, en el soneto, aparezca en seguida lo siniestro, bajo las variedades del temor y la monotonía:



Spinoza

**Gastada por los años
la memoria
Deja caer la en vano
repetida
Palabra y es así como
mi vida
Teje y desteje su
cansada historia**

Tomado del libro *Genio y Figura de Jorge Luis Borges*. EUDEBA, Argentina 1964, 190 p.

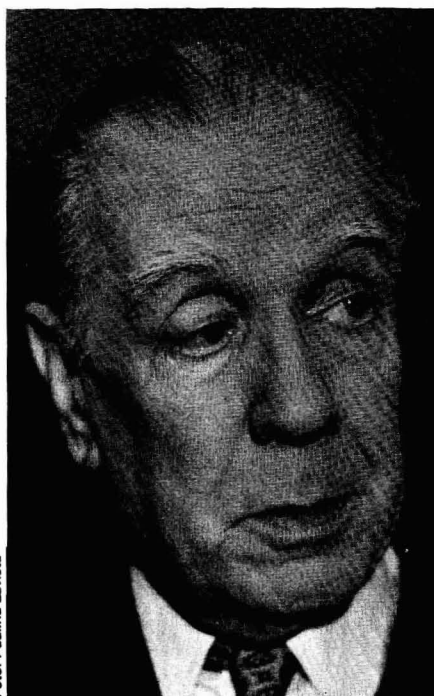


Foto: Paulina Levista

Y la tarde que muere es miedo y frío.
(Las tardes a las tardes son iguales.)

Sin embargo, ni el temor ni la monotonía inquietan al pensador:

Las manos y el espacio de jacinto
Que palidecen en el confin del Ghetto
Casi no existen para el hombre quieto
Que está soñando un claro laberinto.

Singular laberinto, éste que sueña Spinoza. En la penumbra triste, es una luz y quizás el camino. Es claro como las traslúcidas manos de su soñador, como los cristales que esas manos tallan, como el texto que siglos después crea el poeta en su animosa oscuridad.

"Un claro laberinto": no sé si la expresión es un estricto oxímoron. En realidad, los laberintos borgianos no son siempre desesperantes: hay unos, sí, infinitos e informes, en los cuales el hombre se pierde y muere; otros son, como el mundo a veces, escenarios de la soledad y el tedio, pero también de las hazañas del coraje guiado por el amor; y existen además aquéllos que constituyen un orden secreto hacia el cual se vuelve la nostalgia o tiende la esperanza. En 1984, ¡desde Cnossos!, Borges escribirá: "Nuestro hermoso deber es imaginar que hay un laberinto y un hilo. Nunca daremos con el hilo; acaso lo encontramos y lo perdemos en un acto de fe, en una cadencia, en el sueño, en las palabras que se llaman filosofía o en la mera y sencilla felicidad".⁶

En el primer terceto leemos que el filósofo

No lo turba la fama, ese reflejo
De sueños en el sueño de otro espejo,
Ni el temeroso amor de las doncellas.

¿Cómo no admiraría el poeta a ese exiliado del cual su padre, Jorge G. Borges, había sido devoto, ese exiliado que, indiferente a los honores y venciendo la inseguridad, se había entregado a la pasión de comprender?

Spinoza ha dejado atrás, si las tuvo, vanidades e ilusiones; ha ascendido por los grados de una escala que lo condujo a la despojada esencia de su oficio. Ahora se encuentra

Libre de la metáfora y del mito

—pues no aspira a deslumbrar con artificios retóricos y ha desterrado del conocimiento

5. Cf. R. Rorty, *Philosophy and the Mirror of Nature*, Princeton, 1979.

6. "El hilo de la fábula", en *Los conjurados*, Madrid, 1985, p. 61.

el finalismo que remite a seres sobrenaturales— y

Labra un arduo cristal: el infinito
Mapa de Aquél que es todas Sus estrellas.

La tarde ya ha muerto. En la noche oscura, de pronto, refulge el cristal, que es como el Aleph vertiginoso, con la luz de todas las estrellas. El infinito ha sido domesticado por una creación memorable, un mapa del universo que es también el de Dios.

¿Por qué esta última equivalencia? Pues porque para Spinoza hay una sola sustancia: Dios o la naturaleza. Esta escandalosa identificación fue seguramente el justo motivo de su expulsión del templo; es también el punto de partida de la *Ética demostrada según el orden geométrico*, que no por azar sólo se publicó después de la muerte de su autor.

Descartes, a quien Spinoza había estudiado y comentado, parte del yo y de su ignorancia para alcanzar luego el ser de Dios y el conocimiento del mundo. Spinoza, en cambio, parte de la causa de sí, que es Dios. Y la divinidad de Spinoza no es el Dios creador, personal y trascendente de la religión revelada, no es un ser superior a nosotros y fuera del mundo, un ser que se indigna, nos compadece, obra milagros, manda a su hijo a morir para salvarnos. *Deus sive natura*, dice Spinoza: Dios, o sea la naturaleza. Dios es la única realidad; nada le es externo. Pero también: la naturaleza es la única sustancia; nada hay fuera de ella. Por eso, y desde la difusión de su pensamiento, Spinoza será para algunos un inspirado panteísta, el filósofo “ebrio de Dios” que invoca Novalis, mientras que para otros será un “ateo de sistema”, como dijo Bayle, un empecinado naturalista que no conoce otro orden que el físico.⁷ Sea como fuere, según el spinozismo la ciencia no necesita referirse a un más allá del objeto, el hombre no es una fisura en el Ser y puede salvarse por filosofía, el Estado no debe subordinarse a una metafísica, a una religión.

El mago Tzinacán, narrador y protagonista de *La escritura del Dios*, al referir su éxtasis lo define como “la unión con la divinidad, con el universo”, y añade, entre paréntesis: “no sé si estas palabras difieren”. ¿Coincide aquí el pensamiento borgiano con el de la *Ética*? Sí, y no. Sí, porque enuncia la identidad entre Dios y la natura-

leza. No, porque aquellos términos que parecen no diferir son, en verdad, meras palabras: “no sé si estas palabras difieren”.⁸ Y Borges sí sabe que las palabras no llegan al corazón de la realidad, que ningún lenguaje es el mapa del mundo, la cifra del universo o de una vida.

Esta melancólica certeza, que resquebraja el edificio del racionalismo clásico, es la que prevalece en el segundo soneto, el titulado “Baruch Spinoza”.

Poco tiempo antes de su composición,

aparentemente, Borges había emprendido el estudio detenido de la obra spinozista, estudio que, según dijimos, debía desembocar en un libro sobre el filósofo. Una de las conclusiones de este estudio —seguramente presentada en su antiguo repudio de todo pensamiento sistemático— es expresada varios años más tarde, en una entrevista.⁹ En esa oportunidad Borges sostiene que la forma geométrica de la *Ética*, lejos de ser esencial a la doctrina spinozista, no es siquiera idónea para su exposición.

8. O. C. p. 598.

9. *La Opinión*, Buenos Aires, 31 de agosto de 1980.



7. Cf. L. Dujovne, *Spinoza*, Buenos Aires, 1945, especialmente t. IV.

Spinoza, afirma, "no pensó el libro de esta manera... Luego le dio esa maquinaria absurda". Y agrega: "eligió ese mecanismo equivocadamente". Lo deplora, porque piensa que se pueden exponer las ideas de la *Ética* prescindiendo de dicho mecanismo, como lo hace Spinoza en las cartas a sus amigos, que "son muy legibles y lindas".¹⁰

El autor de la *Ética* había querido que ésta fuera casi impersonal, que en su desarrollo sólo fuera audible la voz de la razón —con el timbre matemático que era el suyo desde Galileo y Descartes—, que ni de modo indirecto apareciera afectividad alguna. Pero Borges —cuya poesía, aun recorrida subterráneamente por la emoción, trata a menudo de presentarse como objetiva— descubre, detrás de la cortina de axiomas, demostraciones y corolarios, un hombre conmovedor, el triste, tenaz, intrépido Baruch. Y en el soneto "Baruch Spinoza" comienza situándolo frente a la tarea infinita que se ha propuesto, o que lo ha elegido a él entre todos los hombres de su siglo:

Bruma de oro, el occidente alumbraba
La ventana. El asiduo manuscrito
Aguarda, ya cargado de infinito.
Alguien construye a Dios en la penumbra.

Es la misma hora de la tarde, probablemente en el mismo ámbito imaginado por el soneto "Spinoza". Pero no se conjura la transparencia de los cristales; hay apenas una ventana, un vidrio por el cual penetra la débil luz del poniente. Y ahí está Baruch, solo, condenándose a seguir escribiendo el infinito.

Ya se descubre la grandeza de la tarea, y su glorioso, inevitable fracaso. Sin duda, el propósito descrito en el primer soneto distaba mucho de ser modesto, o aun realizable: se trataba nada menos que de tallar un diamante que reflejara a Dios, o de dibujar un infinito mapa del universo. Pero en "Baruch Spinoza" la ambición es llevada, quizá por su propia lógica, a otro orden de emprendimientos, otro y superior: ese Dios, ese universo, han de ser moldeados con la tosca madera del lenguaje, tosca, aunque pretenda revestir formas geométricas.

10. La correspondencia de Spinoza es publicada en forma anónima, junto a otras obras del filósofo, pocos meses después de su muerte (1677). Es retomada en casi todas las ediciones de sus obras completas. Contiene valiosas cartas a y de correspondientes como Oldenburg, de Vries, van Velthuysen, etc.

Un hombre engendra a Dios. Es un judío
De tristes ojos y de piel cetrina;
Lo lleva el tiempo como lleva el río
Una hoja en el agua que declina.

Juguete del río que es el tiempo —juguete, como la hoja del otoño, o aquella en que reverbera el verso recién comenzado— Spinoza no se duele, como el Heine de otro poema de Borges,¹¹ del "destino de ser hombre y ser judío". Este, postrado, recordaba "las delicadas melodías" que le habían sido dadas; aquél elaboró una "delicada geometría". Dice el tercer cuarteto de este soneto isabelino:



Foto: Paulina Lavista

No importa. El hechicero insiste y labra
A Dios con geometría delicada;
Desde su enfermedad, desde su nada,
Sigue erigiendo a Dios con la palabra.

El mundo es un libro escrito con caracteres matemáticos, había notado Galileo. El filósofo, que ha aprendido a leer —y sueña con escribir— esos caracteres, puede legítimamente alimentar proyectos más ambiciosos, o más viables, que los concebidos por los alquimistas, o por aquel rabino de Praga que engendró el Golem, ese muñeco apenas apto para barrer la sinagoga.¹² Y, sin embargo, los términos que usa Borges evocan la magia, la Cábala, el sueño, quizá la creación literaria. (¿Acaso Poe, aún muerto, no seguía "erigiendo... atroces maravillas"?)¹³

11. "Paris, 1856", en *O. C.*, p. 914.

12. Ver por ejemplo los poemas "El alquimista" (*O. C.*, p. 925) y "El Golem" (*O. C.*, p. 885).

13. "Edgar Allan Poe", *O. C.*, p. 912.

Borges ha desestimado la forma geométrica de demostración de la *Ética*; tampoco parece hacer ahora gran caso de su inspiración matemática, cartesiana. La geometría analítica descubierta por Descartes aparece reducida a una "geometría delicada", la cual, a su vez, remite a un arte verbal. Con la palabra estaría creando Spinoza a Dios, como el poeta crea el texto. Esa palabra, según Borges, la pronuncia el filósofo "desde su enfermedad". Y nada más distante de esa idea que la que Spinoza tenía de sí mismo y del hombre en el mundo. Si para Novalis "la vida es una enfermedad del espíritu", si Pascal se espanta ante "el silencio eterno de los espacios infinitos", Spinoza afirma que el hombre participa plenamente del ser, y no deja lugar para el sentimiento de desamparo en el universo heliocéntrico que propone la ciencia moderna.

Es cierto que Descartes se interesó por la magia en su juventud, es verdad que en la suya Spinoza estudió la Cábala, los místicos y los poetas, y también que fue contemporáneo de Pascal. Pero de todo ello queda en la *Ética* mucho menos de lo que podrían sugerir los últimos versos citados. Si figura, en cambio, en la quinta parte y referida a Dios, la muy poco teísta idea que expresa el pareado final del soneto:

El más pródigo amor le fue otorgado,
El amor que no espera ser amado.

El intento spinozista no fue el de forjar un Dios, sino el de describir —deducir— un orden que es el de la realidad única o el de los atributos de ésta por nosotros conocidos: la extensión y el pensamiento.¹⁴ Su concepción de la unidad de la naturaleza no es la del entusiasmo renacentista, sino el gesto renovador que afirma el optimismo científico, al tiempo que satisface racionalmente todos los anhelos del hombre y que demanda una sociedad en la que éste pueda manifestarse libremente.

El Dios de Spinoza, como en otro texto recordaba Borges, "no aborrece a nadie y no quiere a nadie".¹⁵ ¿Qué habría de sorprendente en el hecho de que Spinoza no esperara ser amado por él? Sus declaraciones en tal sentido, ¿no son acaso, ante todo, una forma de insistir en el carácter completamente impersonal del Dios de la

14. Creo que Borges comete últimamente (ver p.ej. "Nihon", en *La cifra*, Buenos Aires, p. 101) un interesante error: considerar que los atributos cognoscibles de la sustancia spinozista son el espacio y el tiempo y no el espacio y el pensamiento, como en realidad ocurre. ¿Olvido o intento de tornar más comprensible la existencia de los seres finitos?

15. "El primer Wells", en *Otras inquisiciones* (*O. C.*, p. 698).



Foto: Paulina Lavista

Ética? Quizás aquello que Borges a su vez exalta, en el cierre de su soneto, es una norma afín a la que encuentra y estima en R. L. Stevenson: la que establece que "el hombre tiene que ser justo, aunque Dios no lo sea o aunque Dios no exista".¹⁶ Como debe el poeta "labrar el verso incorruptible",¹⁷ aunque el material con el que cuente sea perecedero.

El Spinoza del segundo soneto aparece despojado de su armadura geométrica; sus formulaciones no son la inexorable deducción de la realidad: la razón es un arte de hablar y nada asegura que este arte se corresponda profundamente con el mundo.

Sin embargo, cuando en 1979 le preguntan a Borges cuál es, en la historia, su personaje favorito, no vacila en contestar: "Spinoza, que vivió entregado al pensamiento abstracto".¹⁸ Es evidente pues que al componer "Baruch Spinoza" no se proponía presentar al filósofo como un fabricante de mitos que fabula un Dios al que en seguida presentará como la única e increada realidad.

Tampoco ha de leerse en este soneto el homenaje de circunstancia que se rinde a un pensador distante, ni la mera crítica de un sistema conceptual. El poema sella más bien el encuentro de su autor, en el laberinto del mundo y las ideas, con un antiguo compañero de aventuras, un aliado, un amigo. Se diría que el primer soneto es realmente, y no sólo en virtud de su título, Spinoza por Borges, mientras que el segundo es, no menos realmente, Baruch por Jorge Luis o, si se quiere –pero sin acentos enfáticos–, Baruch Spinoza por Jorge Luis Borges.

Más tarde, Borges insistirá de nuevo en que no ha logrado penetrar en la doctrina spinozista,¹⁹ pero no dejará de apreciar y citar a su autor. ¿Por qué? Pues obviamente porque, por una parte, admira la audacia de su intento (invento) filosófico y concuerda con algunas de sus consecuencias éticas y sociales. Pero quizá también, por otra parte, porque ve en la vida de Baruch Spinoza, desdeñosa de los halagos del placer y la gloria, la conmovedora entrega a una pura pasión intelectual, y porque en esa existencia él, Borges, puede percibir, acaso percibe, una imagen de su propia vida, consagrada enteramente a un riguroso destino literario. ◇

16. Prólogo a R. L. Stevenson, *Fábulas*, Buenos Aires, 1983, p. 50.

17. "El hacedor", en *La cifra*, Buenos Aires, 1981, p. 50.

18. *Argencard*, Buenos Aires, mayo de 1979.

19. Ver "Nihon", en *La cifra*, p. 101.